
EDITORIAL: VIOLENCIA VS. CONVIVENCIA SOCIAL

En los últimos meses hemos vivido o acompañado de cerca el aumento de acciones violentas tanto por parte de los delincuentes como por parte de la Policía Nacional (PN), sin olvidar la violencia cotidiana expresada en la carencia de lo necesario para vivir para la mayoría de la población dominicana; evidenciándose nuestra fragilidad institucional democrática para enfrentar adecuadamente la ola de crímenes, asaltos, secuestros, atracos a casas de familia y comercios, enfrentamientos armados entre bandas, comercio de drogas y armas, violaciones de los derechos humanos (DD.HH.) en general, etc...

La violencia como fenómeno social:

La violencia es, entre otras cosas, un fenómeno social: una configuración social del instinto de la agresividad. Ella no se explica por sí misma, depende de factores sociales. De ahí la necesidad de contextualizar la violencia social en nuestra realidad actual.

El modelo neoliberal, que busca ampliar sus horizontes y posibilidades en RD, insiste en una mayor globalización de la economía y la consecuente retirada del Estado en la gestión económica; crecen los sectores que dependen de la concentración de la renta, haciendo una apología de la desigualdad y echando en saco roto la implementación de verdaderas políticas sociales que respondan a las necesidades reales de la población empobrecida.

En el modelo neoliberal no hay lugar para todos: están incluidos en el libre mercado los que tienen capacidad para ser compradores solventes, por eso quedan excluidos del acceso al mercado los que carecen de ingresos suficientes por la negación de empleos a nivel competitivo. En este sentido, el modelo neoliberal es un modelo productor de violencia porque marginaliza y excluye a grandes sectores de la población.

En RD, a pesar del crecimiento del Producto Interno Bruto (PIB), un 56% de nuestra población vive en pobreza. En el último informe de la CEPAL la RD aparece en primer lugar en niveles de crecimiento y, la contradicción, en segundo lugar de mayor distancia entre ricos y pobres: manifestada en la desigual distribución de las riquezas, ya que mientras el 50% de la población recibe menos del 10% del total del ingreso agregado, el 10% más rico concentra el 56%. Según datos de ONAPLAN para Santo Domingo la tasa de desempleo para la población en pobreza extrema (19%) es de 43,5% y para la población pobre (35%) es de 36,1% siendo la población joven la más afectada la falta de viviendas, que con el ciclón Georges aumentó el déficit de 600,000 ya existente. Tenemos los damnificados del ciclón David, los del Georges y estamos nuevamente en temporada ciclónica y no se prevee que la situación mejore. La mayoría de las viviendas de los/as dominicanos/as se caracterizan por el hacinamiento, la falta de servicios básicos, contaminación ambiental, etc...

La Educación está marcada por un 17% de niños/as entre 7 y 14 años que no asiste a la escuela. Con un 30% de deserción escolar por la falta de infraestructuras educativas y la necesidad de los/as menores de apoyar el ingreso familiar En el área de la salud, el 11% de nuestros niños/as sufre de desnutrición crónica. Con una mortalidad infantil de 46 niños/as para cada mil nacidos vivos; y una mortalidad materna de 229 mujeres para cada 100,000 niños/as nacidos vivos.

El gobierno lanzó el año pasado su programa de Políticas Sociales denominado Comunidad Digna que, sin cuestionar la buena voluntad de los encargados de implementarlo, es un programa incierto: sin asignación de fondos reales y adoleciendo de falta de coordinación de las diferentes instancias de gobierno. Su lanzamiento al final del presente periodo gubernamental parecería mas un ingrediente (mal usado) de la campaña electoral que una respuesta verdadera a las necesidades de la gente.

Si a este cuadro de nuestra realidad se le agrega el auge de la venta de drogas y la fácil adquisición de armas, promocionadas por gente poderosa, podríamos comenzar a entender la situación actual de violencia.

Violencia y Violencias:

No podemos reducir el fenómeno de la violencia a los actos delictivos menores, ni siquiera a los enfrentamientos armados entre bandas o a los enfrentamientos entre la Policía y supuestos delincuentes; es necesario profundizar en lo que es la violencia institucional o estructural que genera desigualdad social y exclusión. De modo contrario es imposible llegar a la raíz del fenómeno.

Violencia es la falta de comida, de empleo competitivo y de seguridad social en general. Violencia son los bajos salarios, la corrupción estatal y la falta de servicios básicos a la mayoría de la población. Violencia es cuando las autoridades civiles y militares *propician y se benefician del narcotráfico y el comercio de armas*, y después están hablando de "mano dura" contra la delincuencia, llegando incluso a justificar el uso de la violencia para combatir la violencia, provocando la matanza intencional de civiles supuestos delincuentes. Violencia es reducir, por el uso inadecuado del poder, el buen y libre funcionamiento del poder judicial. Existe una violencia institucional-estructural que genera otros tipos de violencia, porque violenta el proceso democrático; y sin democracia social no existe verdadera solución para la violencia.

La violencia social es un efecto de la violencia estructural del sistema de exclusión social. Desde esta perspectiva se explican otras formas de violencia, a saber: la represiva policial-militar, la del crimen organizado (armas, drogas, secuestros, etc). Son las formas organizadas de violencia que manipulan a través de los MCS los efectos de esta violencia social, canalizándolas al servicio de sus intereses y usándolas como justificativa para defenderse matando, como en muchos casos expresa la Policía Nacional. Cuando el gobierno, las FFAA y la PN apelan a la "guerra contra la delincuencia" reconocen la impotencia de la sociedad para reglamentar sus conflictos, justificando la necesidad de suspender los principios ético-políticos y jurídicos, alegando la pérdida de humanidad de los criminosos y la consecuente inaplicabilidad de los derechos humanos para con ellos.

Algunas pistas para la reflexión

Lo primero es afirmar que la muerte de un criminoso no resuelve el problema de la violencia, es una muerte inútil porque no favorece a nadie (sino a sus superiores que podrían ser denunciados!!) y no repara lo mal hecho.

Es una muerte inmoral porque la PN se pone al mismo nivel del criminal y mata por venganza con el riesgo de violentar los derechos humanos que le asisten.

Es una muerte innecesaria porque existen otros medios para enfrentar el crimen, sólo mostramos el pesimismo que prefiere la aparente solución definitiva en vez de usar los medios de regeneración que debería caracterizar nuestro sistema carcelario.

Es una muerte injusta donde no reconocemos como sociedad nuestra cuota de responsabilidad en el problema.

Antes de utilizar la violencia para contrarrestar la violencia deben agotarse todas las alternativas posibles, porque la solución al problema no sólo está en la acción de los aparatos del Estado sino en la iniciativa de la sociedad civil. Cada vez más la no-violencia activa se presenta como respuesta apropiada delante de los nuevos y graves problemas que representan el desarrollo armamentista, la espiral de violencia política, las tendencias totalitarias del Estado Moderno y la violencia social fruto de la injusticia en el mundo.

Nos ayudaría a superar esta ola de violencia recordar que :

El ser humano ontológicamente se reconoce por su apertura recíproca y solidaria, y en esto se apoya la convivencia social. Que tiene en sí mismo la capacidad de crecer en la comprensión y la solidaridad.

Si se quiere realizar la justicia y la fraternidad, los medios deben adecuarse al fin buscado. Los medios violentos sólo engendran violencia. Debemos ir más allá de la crítica a la situación de violencia y crear espacios alternativos de solidaridad y democracia que se opongan a la práctica de la violencia institucional.

Urge implementar verdaderas políticas sociales como respuesta a las necesidades de la gente menos favorecida, para que sean realmente efectivas.

Hay que reforzar las diferentes iniciativas de la sociedad civil que postulan una sociedad más igualitaria y participativa. La respuesta implica a los diferentes organismos de la sociedad civil (ONGs, OCBs, etc) y no a la represión policial y militar. El Estado detenta el monopolio de la fuerza y no está exento del autoritarismo y la violencia. La sociedad civil es la base de la convivencia democrática y la fuente de legitimidad del Estado; por eso, en los momentos de crisis, la renovación viene de la sociedad civil.

En este número literatura, historia y sociedad articulan esa trama siempre añeja y nueva de nuestras identidades, lanzándonos a la urgencia de un pensar nuevo desde donde seguir las también tejiendo y destejiendo. **José Mármol** retoma el rol fundamental de la lengua -lugar de expresión y creación de una cultura- a la hora de dilucidar no sólo la cuestión de una literatura nacional sino de la propia comprensión de la nación y de las preguntas que abre positivamente el creciente desarrollo de la narrativa y la poética de la diáspora dominicana. **Andrés L. Mateo** nos invita a resituar y ensanchar el horizonte comprensivo de lo hispanoamericano tal y como fue consagrado y canonizado por Pedro Henríquez Ureña, perfilando ahora, en el contexto de la “posmodernidad”, una integración que no sobrevuele la multiplicidad étnica y cultural, y que articule un nuevo discurso americanista que nos saque de la circularidad del mito, que replantee el modo de referencia al “otro” desde donde nos vemos y somos vistos. **Soledad Alvarez** saca a la luz, desde la intimidad de la correspondencia de Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña, cómo la amistad más particular y sincera es el espacio para un enriquecimiento y complementación no sólo de quehaceres literarios y pedagógicos, sino de un intercambio cultural al mismo tiempo universalista e hispanoamericanamente enraizado. Los trabajos de **Frank Moya Pons** y **Rubén Silié** recogen desde perspectivas diversas el recorrido de 25 años de historiografía y ciencias sociales en República Dominicana. Es desde estas lecturas de nuestra historia y sociedad que se conformaron las categorías desde las

que nos percibimos. **David Howard** nos presenta el resultado del análisis de la autopercepción racial de 300 dominicanos/as de diferentes estratos sociales y regiones del país. Finalmente, **Vicente Santuc** nos ofrece los desafíos que se presentan a un pensar latinoamericano en el horizonte de la globalización y de la crisis actual de modelos y paradigmas.